

taba y luego sin demora fuimos á ocupar nuestros asientos. No permitimos se esperara más tiempo el amable señor Doctor, y dándole un estrecho abrazo le suplicamos se retirara, á lo cual ya accedió y no volvimos á ver su amable rostro. Encontramos allí también al caballero Sr. Angelini, de quien tuvimos la oportunidad de volvernos á despedir y hacerle presente una vez más nuestro sumo agradecimiento y nuestra eterna gratitud.

Taciturnos y meditabundos estábamos esperando tan sólo la partida. Pues bien, el reloj de la estación marca las once, el conductor hace la señal y el tren se pone en movimiento. No pudimos hablar ni una palabra; nos encontrábamos embargados por un doble pesar, y por lo mismo, insensibles parecíamos.



CAPITULO DECIMO SEPTIMO.

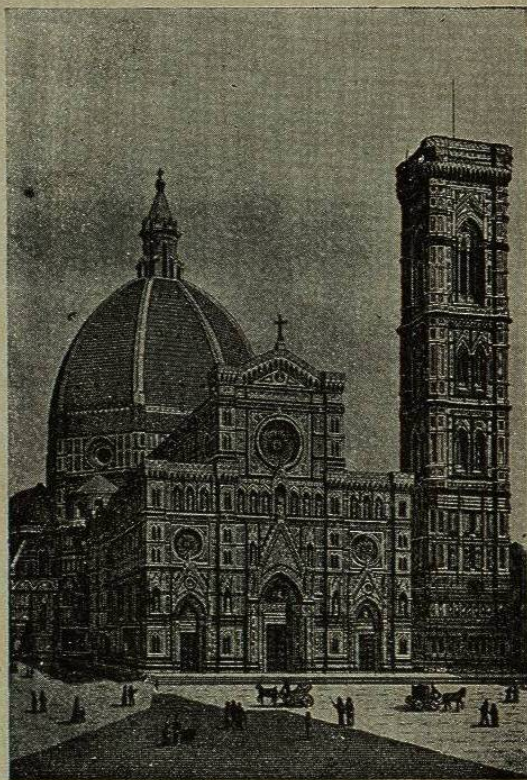
Llegada á Florencia. — Albergo Bologna. — Catedral. — Bautisterio. — Puertas de bronce. — Estación del Ferrocarril. — Milán. — Duomo — Sus calles y comercio. — Estación del Ferrocarril. — Chiaso. — Aduana francesa. — París. — Hotel. — Don Juan. — Coches. — Boletos en la Compañía Francesa. — Advertencias. — Notre Dame. — Sacré Coeur. — San Eustaquio. — San Hemerico. — Santa Genoveva. — San Sulpicio. — San Ambrosio y Santa Cecilia. — Iglesia de la Magdalena. — Santa Lucía. — San Lázaro — Torre Eiffel. — Museo Grevin. — Adiós á París.

El cuarto de hora habíamos perdido de vista la ciudad de los Pontífices, la ciudad de los monumentos, la Roma moderna que por espacio de veintidós días nos había dado hospitalidad. Sin novedad alguna caminamos hasta las cuatro de la tarde, hora en que llegamos á Flo-

rencia, donde nos dirigimos á un hotel que está situado junto á la estación, tomando un coche que á él nos condujo y se llama *Albergo Bologna*, donde por siete liras tuvimos cama y alimentos, y en obsequio de la verdad, estuvimos bien asistidos, con excepci3n de los cuartos que son un poco tristes.

Acto continuo nos dirigimos al centro para conocer un poco la poblaci3n, mas tuvimos que regresar pronto, contentándonos con ver la Catedral, que es muy primorosa y está ejecutada con gran arte. Es sin duda este monumento una de las mayores glorias arquitectónicas del mundo entero, cuya primera piedra fué puesta por el Cardenal Valeriani, Legado del Pontífice Bonifacio VIII, reinante entonces en el año de 1268.

Exteriormente está revestida de mármoles de varios colores, los que forman un calado muy primoroso y de mucho mérito. Varios fueron los artistas que se emplearon en su ejecuci3n, como Arnulfo de Lapo, Francisco Talenti, Tadeo Galdi y Andrés Orcagna, y coronada con la maravillosa cúpula por Felipe Brunelleschi. Las dimen-



Catedral de Florencia —Italia.

siones de esta suntuosa catedral son de 148.43 de largo por 94 de ancho, y 114.84 de alto hasta la cruz que se mira en el remate de la cúpula. La fachada está hecha de puros mármoles, todos ellos calados y de gran trabajo, ejecutada por el arquitecto Emilio de Fabris, el que no la pudo ver acabada, pues murió en 28 de Junio de 1885, y fué concluida el 11 de Mayo de 1887, la que fué solemnemente descubierta en presencia del rey.

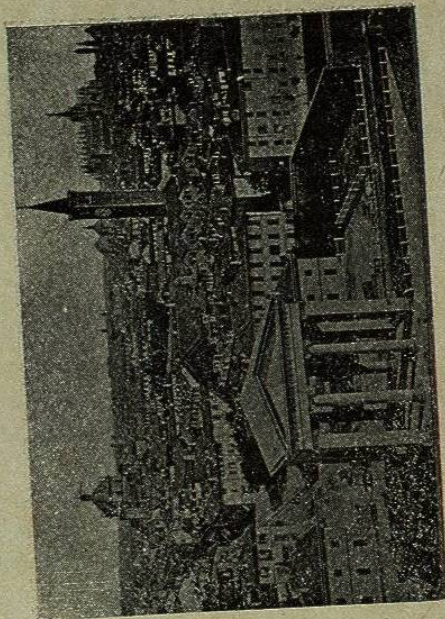
Su interior nos pareció un poco triste, por la poca luz que recibe de las ventanas. Por lo demás es también digno de llamar la atención.

En frente de esta magnífica iglesia encuéntrase otro edificio que se llama el baptisterio, y el que luego fuimos á visitar. Algunos aseguran que antiguamente se levantaba aquí un templo consagrado al dios Marte. Lo que sí hay de cierto es que fué construido con materiales antiquísimos, anteriores al siglo sexto, y está en la actualidad dedicado al Precursor del Mesías, San Juan Bautista. Su exterior está adornado de mármoles y su interior de preciosos y antiguos mosaicos. Muchos visitantes hay conti-

nuamente en esta capilla, que tiene la forma de rotonda, sobre todo ingleses, según pudimos observar cuando á ella penetramos.

El primer ornamento que tiene y que más llama la atención, son las tres puertas de bronce, una de las cuales fué obra de Andrés Pisamo y las otras dos de Lorenzo Ghiberti. Una de ellas sorprende con especialidad al turista, y con sobrada justicia: la denominada por Miguel Angel "puerta del paraíso," por la excelencia del arte con que fué ejecutada por Ghiberti, la que comenzó en 1428 y terminó en 1442. Está dividida en diez cuadros ó departamentos, cada uno de los cuales representa un pasaje de la Historia Sagrada, todos esculpidos con suma perfección.

Atravesamos las calles principales, y como era ya tarde, nos dirigimos al hotel y satisfechos quedábamos, determinando partir para Milán el siguiente día 29. Cerca de las siete de la mañana nos encontrábamos en la estación del ferrocarril registrando nuestros boletos para partir á las siete en punto, tal como aconteció. Pasamos Bologna, Placenza, y á las cuatro de la tarde, ó sea á las dieciséis, según se cuen-



Panorama de Milán.—Italia.

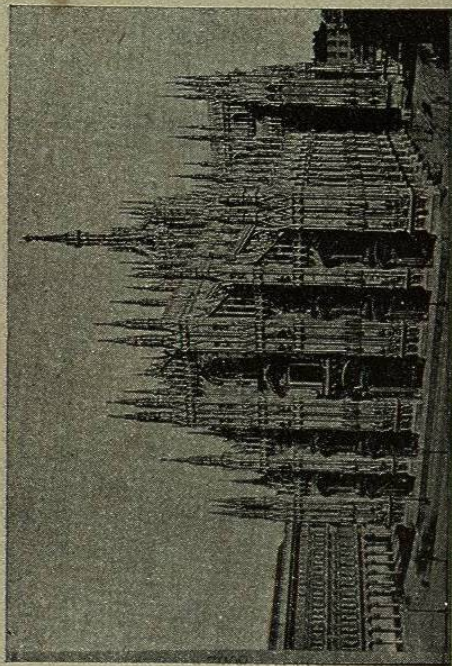
ta en Italia, como ya hemos dicho, nos encontrábamos en el andén de la población de Milán, y atravesando un jardín que en frente luego se encuentra, nos dirigimos al hotel que en frente de éste está situado, donde pagamos ocho liras diarias *tutti compreso*, y en el cual estuvimos bien asistidos. Acto continuo tomamos los tranvías eléctricos que al *Duomo* conducen y fuimos á conocer la hermosa Basílica donde más de una vez estuviera el Obispo San Carlos.

Frente al altar mayor puede admirarse el sepulcro donde reposaron sus restos y el que con mucha veneración es tenido por todos los hijos de esta población agradecida. Un enverjado de alambre lo cubre y muchos encima de él depositan sus limosnas. Aquí también, si no en la misma, al menos sí en la población, se recuerdan aún con gusto las hazañas del gran Obispo San Ambrosio, así como también la conversión de San Agustín, quien fué bautizado por aquel. Grandes recuerdos para la religión cristiana encierra esta ciudad, pues aquí fué donde el precioso cántico del *Te Deum* fué compuesto y cantado alternativamente por estas dos lumbreras del catolicismo.

Es Milán población de mucho movimiento, teniendo unos 100,000 habitantes aproximadamente y la mayor parte católicos. Tiene magníficos jardines y bastante comercio, muchos tranvías, tanto de tracción eléctrica como animal; en una palabra, su aspecto es precioso y su clima templado ó más bien frío.

La tarifa de los coches, lo mismo que de los tranvías, es en todo igual á Roma, así como el comercio y costumbres.

El Lunes 2 salimos á las siete y media para París, y á las 8 y 40 nos encontrábamos en *Chiaso*, donde está la Aduana francesa, la que muy benigna fué en todo, pues en nada nos molestaron. A las 9 y media partimos, ó seguimos adelante, habiendo tenido que pasar todo el día en el tren un poco molestos, mas con la esperanza de encontrarnos muy pronto en la capital del mundo civilizado. Toda la noche caminamos también, hasta las seis de la mañana del martes 3, en que desvelados y molestos, en medio de un gran bullicio, nos encontrábamos en el andén de la estación del Ferrocarril de París. Teniendo que atravesar de nuevo por la Aduana, nos detuvieron un



Catedral de Milán. — Italia.

poco, mas luego nos dejaron pasar y to-
mando un coche que cobró 2 francos por
carrera, de los que tienen arriba una es-
pecie de barandal para conducir el equi-
paje, nos dirigimos al Hotel Holanda y
Belgique, situado en la rue de Trevisi, según
nos lo indicara el Sr. Dr. Ruiz á nuestra
salida de Roma.

Aúna dormían todos, cuando tocábamos la
puerta que es pequeña, mas el portero le-
vantándose luego nos abrió la puerta, lle-
vando nosotros una bonita sorpresa y era
que en limpio y claro español con nosotros
se explicaba, lo que más nos obligó á tomar
nuestras habitaciones que en el segundo pi-
so nos enseñó, queriendo ponernos la pen-
sión de 12 francos diarios por todo, mas
por fin convino en que sólo fueran 11, los
que cubríamos con toda religiosidad y pun-
tualidad. La dueña es una señora simpática
y amable que, aunque poco, entiende siem-
pre algo del idioma español, teniendo siem-
pre un intérprete que se llama D. Juan y
que atiende siempre á todos los pasajeros
mediante su *bacchis*, pues ésa es su manera
de vivir, hablando y entendiendo el espa-
ñol. Acto continuo, tomé un coche y fuí á

ver al Sr. Obispo de Puebla, el respetable Sr. Amézquita que se encontraba hospedado en la casa matriz de los Lazaristas, Rue de Sevres, para lo cual hay que atravesar el famoso Sena. Ahora que se ofrece hablar de coches, diremos que se cuentan en más de 22,000 los que hay de sitio en la ciudad y su tarifa es de uno y medio francos por carrera y dos por hora, pero es muy difícil hacer uso de este modo, aconteciendo con frecuencia que dejan á uno, por la razón de que en media hora pueden hacer lo menos dos carreras y ya se ganan tres francos, mientras de la otra manera sólo obtendrían uno. Son muy educados, eso sí, y callados, una palabra y se acabó, haciendo contraste con los napolitanos. Un movimiento inusitado se notó hasta las altas horas de la noche en esta población de cerca de un millón de habitantes, sobre todo en los boulevards de los italianos y los que siguen.

Ocupámonos luego de arreglar los pasajes en el vapor francés que de Saint Nazaire zarpó en este mes. Al efecto, nos dirigimos á la oficina principal, acompañados de D. Juan el intérprete del hotel, para ver si era posible hicieran un descuento atendien-

do al número, pues casi todos nos regresábamos, exceptuando al Sr. Canónigo Torres que ya se había ido por Nueva York, embarcándose en Génova, y los Presbíteros Cárdenas y Romo que más tarde harían lo mismo. Nos atendieron, manifestándonos que era preciso poner un escrito para presentarlo al principal. Por fin, en la misma tarde nos avisaron que descontaban el 20 por ciento y proponiéndonos otra combinación que después vimos no era conveniente, y la que voy á decir para conocimiento y experiencia de algunas personas que tal vez se encuentren en idénticas circunstancias. Nos ofrecieron que pondrían todos boletos de segunda, pues debe advertirse que el Ilmo. Sr. Obispo Amézquita, el Sr. Canónigo Rosas, el Sr. Dr. Barbosa y la Srta. Grimaldo deseaban de primera categoría y todos nosotros de segunda, pues las clases de estos vapores no se distinguen como en los españoles. Aquí sólo hay primera simple, segunda y tercera. Pues bien, nos ofrecieron enseñarnos el croquis del vapor que íbamos á ocupar, poner los números que tenían los camarotes de primera en los boletos; mas diciéndonos que eran de segunda

parasus combinaciones, y cobraron 540 francos por cada uno, en lugar de 800 por los de segunda y 1,000 por los de primera, según ellos decían marcaba la tarifa. Después de consultar con el Ilmo. Sr. Obispo Amézquita, y creer era oportuno aceptar esta oferta, se resolvió afirmativamente; mas después sucedió que al ser acomodados en el vapor según los números de los boletos, resultó que aunque eran buenos camarotes, sin embargo eran de los que pasan por de segunda y estaban muy lejos de los que de esta categoría de primera son. El Sr. Obispo pudo arreglarlo, mas el prudente Sr. Arcideano guardó silencio y así llegó hasta las playas de la heroica ciudad de Veraacruz la Llave, sin que por esto me evitara la correspondiente mortificación que tenía yo, por haber sido el que esto arreglara.

Otra cosa. Debe advertirse que es mejor tomar los boletos en los puertos y no en los centros, porque son más caras las tarifas, pues al Sr. Obispo Fierro le cobraron 1000 francos en París, lo mismo que al Sr. Canónigo Romero, cuando en Santander preguntamos y sólo cobraban 900; lo mismo sucedió con el boleto que se compró para

Casimiro Cueto, que en esta población costó únicamente 700, en lugar de 800 en París.

Terminado este asunto que era importante y en el cual se emplearon dos días, nos dedicamos á conocer las suntuosas iglesias, yendo primeramente á las famosas de *Notre Dame* y *Sacré Cœur*, por supuesto, sin dejar de conocer la de *San Eustaquio*, interesándome tanto más, cuanto que es el santo de mi nombre, San Hemerico, Santa Genoveva, la célebre de San Sulpicio, la de San Ambrosio, Santa Cecilia que estaba muy cerca del hotel donde nos hospedábamos, la de Santa Maria Magdalena y Santa Lucía que eran las principales. Nos privamos de celebrar el augusto sacrificio de la Misa, durante los cuatro primeros días, por estar muy distante la oficina del Arzobispado para sacar la correspondiente licencia, y solamente despachan á la una de la tarde, y además creíamos permanecer unos dos días.

Por fin, el día 7 mediante la influencia del Sr. Obispo Amézquita, pudimos verificarlo el P. Hueso y yo, en la iglesia de los Lazaristas, señalándome el altar del Obispo San Lázaro.

El 5 de Mayo casi todo el día estuvimos pensando en nuestra gran Tenochtitlán, por ser en ella este día de fiesta civil y recordábamos el triunfo que nuestras tropas obtuvieron contra los franceses, en la ciudad de Puebla, y en medio de esta nación vencida nos encontrábamos. Para distraer un poco este recuerdo de nuestra tierra, á la cual deseábamos con ansia ver, nos fuimos para la torre Eiffel, no obstante que con fuerza llovía, lo cual nos molestaba bastante. Cuatro francos por persona nos cobraron, dándonos en seguida un boleto verde que presentamos al que cuidaba del elevador en que nos colocamos, y mediante el cual nos facilitaron el paso. Tan sólo comenzábamos á ascender, cuando nos presentaron unas medallas que tienen grabado en el anverso la famosa torre, y en el reverso la fecha de la ascensión que mediante medio franco pone un grabador que se encuentra en el primer piso, costando otro medio franco la medalla,

Treientos metros tiene de altura esta soberbia torre, que fué edificada en la última Exposición Parisiense, y permanece aún en el mismo sitio donde fué levantada,

para admiración de los viajeros, y aun de de los propios vecinos. Se compone de tres pisos, á los cuales se asciende por medio elevadores.

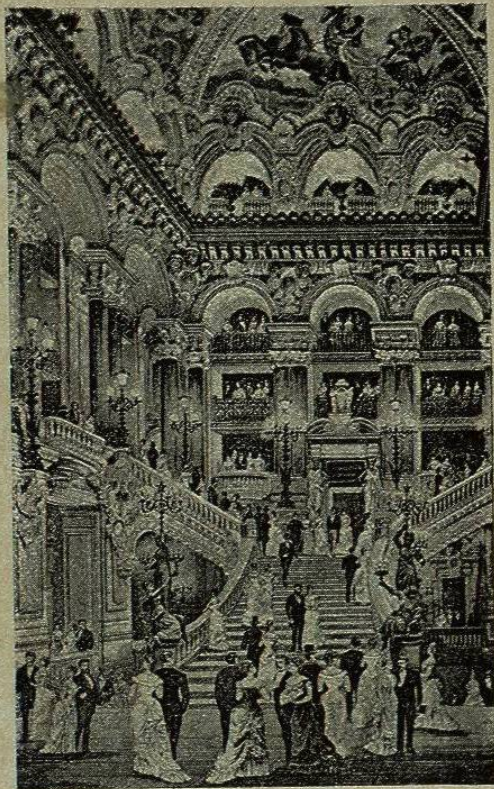
En el primero se encuentra establecido un grabador, un fotógrafo y un expendio de tarjetas postales. En el segundo hay una fonda y un hotel, y en el último varios comercios en los que se encuentran señoritas y entre ellas nos encontramos una española muy amable, que tan pronto como nos vió nos dijo, con una voz muy clara y sonora, "buenas tardes señores", con todo el *sans façon* posible. Ofrecíanos en el momento sus efectos bien curiosos en verdad; todos ellos llevan impresos la famosa torre, en lo que está el chiste. "Vamos señores á ver que llevan"—nos decía—"Nada"—le contestamos. "Esto no es posible,"—replicó—"ningún caballero dice que nó," pero con tal sonrisa y afabilidad, que no pudimos menos que comprarle algunos objetos, como una navajita, un portamoneda y otros cositas.

Por la mucha agua no pudimos permanecer más tiempo, así es que aprovechando el elevador que se encontraba arriba, des-

endimos y tomamos un coche que nos condujo al hermoso bosque de Bologna, paseo favorito de los parisienses; arribamos á los Campos Elíseos, con lo cual dábamos por terminada nuestra excursión á la ciudad de los palacios, al cerebro del mundo, yendo encantadísimos, como lo será todo el que ponga el pie en esta populosa é importante ciudad.

Entre otras muchísimas cosas que sorprenden al viajero, sobre todo al viajero cristiano, son las primorosas iglesias, de las cuales ya nos hemos ocupado. La del *Sacré Coeur* que aun no está terminada, pero promete ser de lo mejor que se haya visto, contribuyendo á aumentar su brillantez la altura en que está situada.

El establecimiento donde amamantan y cuidan á los niños pequeñitos situado en el *Boulevard Bissonnere 26*, es digno también de visitarse. En primer lugar porque la lira que se paga es con el noble fin de ayudar á los gastos que un establecimiento de esta especie origina y después por ver unos pequeños nichitos como de un metro de largura donde descansan los niñitos, dormidos casi siempre según nosotros lo vimos,



Interior de la Sala de la Opera de París.

y nos lo afirmaron, todos muy limpiecitos y conservan la temperatura del cuartito siempre á la misma altura, á fin de que no se enfermen. "Oeuvre Maternelle" des enfants se denomina este establecimiento.

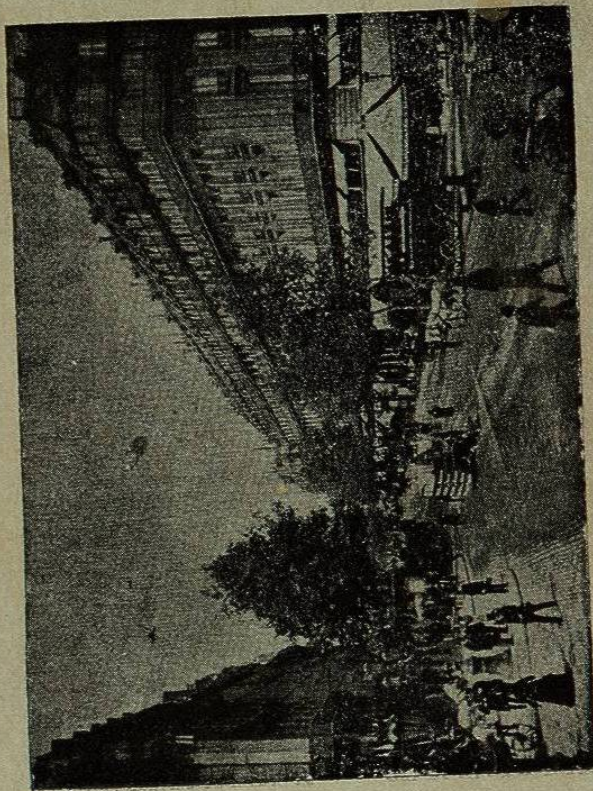
Visitamos también algunos museos, entre ellos el de *Grevin*, del que no haré una descripción como deseara, porque ya temo cansar á mi prudente lector, habiendo otros monumentos de que hacer mención, antes de concluir esta desaliñada y mal forjada obra.

Pues bien, satisfechos ya, determinamos marchar de este país primoroso, y el domingo ocho celebré por última vez en la Iglesia de los Lazaristas en el altar de Señor San José y nos despedimos de tan amables padres, pasando el día ya una parte en recorrer los boulevares y calles, de esta Babilonia, ya la otra en arreglar nuestras cosas para la partida. Tomamos un coche y acompañados por el Padre Hueso y la Señorita Orendáin recorrimos de nuevo la mayor parte de los templos, encontrándolos casi todos llenos de asistencia, sobre todo de la aristocracia, cumpliendo con el precepto eclesiástico de oír la Santa Misa. Mas

diré en obsequio de la verdad, que siempre extrañábamos la fé de nuestro Méjico, pues en muchas partes de Europa permanecen en el templo en pie, sin que nada pueda obligarles á doblar la rodilla; cuando mucho lo que hacen es sentarse y al efecto desde que uno penetra, mediante un soldo, ó cinco céntimos le proporcionan una silla de tule corriente, como las que por aquí conocemos, y son muy usuales.

Después de comer fuimos de nuevo á la Iglesia de Santa Cecilia y vimos varios grupos formados ya por señoritas, ya por señores, ya por niñas, ó ya por niños, con sus respectivas divisiones hechas por unas cortinas de color café, pero en gran número, que estudiaban la doctrina cristiana, cumpliendo con los deseos del inmortal León XIII, nuestro actual pontífice.

A las nueve y media de la noche, después de haber cenado, y en medio de un chubasco, tomamos un carruaje que nos condujo á la estación del ferrocarril, y en el que pagamos dos francos, aparte de la gratificación, pues eso sí se acostumbra mucho en esta ciudad, pero debe ser de 25 céntimos para arriba, siendo casi lo común medio



Boulevard de los italianos. — París.

franco, pues si se dan menos de 25 céntimos, no lo reciben, y con cierta sonrisa se van alejando.

En la ventanilla correspondiente fuimos á tomar nuestro boleto de segunda clase para Lourdes, lugar hacia donde nos dirigiáramos, y que nos costó 64 francos y cincuenta y cinco céntimos de franco, penetrando ya con ellos al andén y ocupando nuestros asientos respectivos, llevando consigo el equipaje, el cual permiten si es pequeño, y si no tiene que ir por *express*, pues en estos ferrocarriles no los admiten como por acá.



l
g
s
su
co
ro
cu
Le
de
co,
la e
gam
ción
esta
para